

gación de vivir á la manera de tropa acampada ha torcido violentamente en un sentido único toda la constitución moral y social. En todo caso, el mecanismo de la historia humana es semejante. Siempre se encuentra como primitivo resorte alguna disposición muy general del espíritu, ora innata en la raza, ora adquirida por virtud de alguna circunstancia influyente. Esos grandes resortes hacen poco á poco su efecto, y al cabo de algunos siglos colocan á la nación en un nuevo estado religioso, literario, social, económico: condición nueva que, unida al esfuerzo renovado de tales factores, produce otra condición, ya buena, ya mala, ora con lentitud, ora con rapidez, y así sucesivamente; de modo que el movimiento total de cada civilización distinta, puede considerarse como resultado de una fuerza permanente, que á cada instante modifica su obra, alterando las circunstancias en que actúa.

V

Las tres fuerzas primordiales: la raza, el medio y el momento.

Tres fuentes diversas contribuyen á producir ese estado moral elemental: la *raza*, el *medio* y el *momento*. Lo que se llama la *raza* son esas disposiciones innatas y hereditarias que el hombre aporta consigo, y que van unidas, por lo común, á marcadas diferencias de temperamento y de estructura corporal. Varían según los pueblos. Hay naturalmente variedades de hombres, como de toros y de caballos: unas vale-

rosas é inteligentes y otras tímidas y de cortos alcances; unas capaces de concepciones y de creaciones superiores, y otras reducidas á las ideas y á las invenciones rudimentarias; algunas dispuestas más especialmente para ciertas obras y dotadas más ricamente de ciertos instintos, al modo como se ven castas de perros de aptitudes especiales para la carrera, ó para el combate, ó para la caza, ó para la custodia de las casas ó de los rebaños. Hay aquí una fuerza definida, tan definida, que, al través de las enormes desviaciones que los otros dos motores la imprimen, se reconoce aún; y una raza, como el antiguo pueblo ario, diseminada desde el Ganges hasta las Hébridas, establecida en todos los climas, escalonada en todos los grados de la civilización, transformada por treinta siglos de revoluciones, manifiesta, sin embargo, en sus lenguas, en sus religiones, en sus literaturas y en sus filosofías, la comunidad de sangre y de espíritu que enlaza hoy aún á todos sus vástagos. Por diferentes que esos vástagos sean, no ha desaparecido su parentesco; por mucho que hayan labrado la selvaticidad, el cultivo y el injerto, las diferencias de cielo y de suelo, y las prósperas ó adversas vicisitudes, han subsistido los grandes rasgos de la forma original, y se descubren los dos ó tres lineamientos principales de la impresión primitiva bajo las impresiones secundarias que el tiempo ha superpuesto. Nada tiene de asombroso esa tenacidad extraordinaria. Aunque la inmensidad de la distancia no nos deje entrever más que á medias y á una incierta luz el origen de las especies (1), los hechos de la historia iluminan bastante

(1) Darwin: *Del origen de las especies*.—Prosper Lucas: *De la herencia*.

los hechos anteriores á la historia, para explicar la casi inquebrantable solidez de los caracteres primordiales. Cuando quince, veinte, treinta siglos antes de nuestra era, los encontramos en un ario, en un egipcio, en un chino, esos caracteres representan la obra de un número de siglos mucho mayor, quizá la obra de millones de años. Porque, desde el punto y hora en que un animal vive, es menester que se amolde á su medio: respira, se renueva, se conduce de distinto modo, según el aire, los alimentos y la temperatura.

Un clima y una situación diferentes engendran en él necesidades diferentes, y, por consecuencia, un sistema de acciones diferentes; y de aquí un sistema de hábitos diferentes, y en último resultado un sistema de aptitudes y de instintos diferentes. El hombre, obligado á mantenerse en equilibrio con las circunstancias, contrae un carácter y un temperamento en armonía con esas circunstancias; y su carácter, como su temperamento, son adquisiciones tanto más estables cuanto más reiterada ha sido la impresión exterior y más antigua su transmisión por herencia á la progenitura. De forma que el carácter de un pueblo puede considerarse en cada punto como el resumen de todas sus acciones y de todas sus sensaciones precedentes, es decir, como una cantidad y como un peso, no infinito (1), puesto que todas las cosas de la naturaleza son limitadas, pero si desproporcionado con lo restante y casi imposible de levantar, en atención, á que ha contribuido á agravarle cada minuto de un pasado casi infinito, y á que, para vencer la balanza, habría que acumular en el otro platillo un número de acciones y de sensaciones mayor aún. Tal es la pri-

(1) Espinosa: *Ética*, 4.^a parte, axioma.

mera y la más rica fuente de esas facultades matrices de donde derivan los acontecimientos históricos; y desde luego se ve que, si es poderosa, es porque no constituye un simple manantial, sino una especie de lago y como un depósito profundo donde los otros manantiales han ido aglomerando sus propias aguas durante una multitud de siglos.

Cuando se ha reconocido así la complejión interior de una raza, hay que considerar el *medio* en que vive. Porque el hombre no está solo en el mundo, sino que le envuelve la naturaleza y le rodean los otros hombres. Así sobre la impresión primitiva y permanente se extienden las impresiones accidentales y secundarias, y las circunstancias físicas ó sociales alteran ó completan la condición original. Ora es el clima el que hace su efecto. Aunque no podamos seguir más que oscuramente la historia de los pueblos arios desde su patria común hasta sus patrias definitivas, cabe afirmar, con todo, que la profunda diferencia que separa á las razas germánicas de las latinas y helénicas, procede en gran parte de las comarcas en que se han establecido: unas en los países fríos y húmedos, en el fondo de ásperas selvas pantanosas ó á orillas de un océano bravío, viéndose reducidas á las sensaciones melancólicas ó violentas, estimuladas á la embriaguez y á la alimentación fuerte, inclinadas á la vida militante y carnícera; las otras, al contrario, en medio de los más bellos paisajes, á orillas de un mar resplandeciente y risueño, invitadas á la navegación y al comercio, exentas de las necesidades groseras del estómago, dirigidas desde el principio hacia los hábitos sociales, hacia la organización política, hacia los sentimientos y las facultades que desenvuelven el arte de hablar, el talento de gozar, la invención de las cien-

cias, de las letras y de las artes. Ora han trabajado las circunstancias políticas, como en las dos civilizaciones italianas: la primera convertida por entero hacia la acción, la conquista, el gobierno y la legislación, por la situación primitiva de una ciudad de refugio, de un *emporium* de frontera, y de una aristocracia armada que, importando y regimentando bajo sus órdenes á los extranjeros y á los vencidos, ponía en pie, uno frente á otro, dos cuerpos hostiles, y no encontraba solución para sus dificultades interiores ni desahogo para sus instintos rapaces más que en la guerra sistemática; la segunda, privada de la unidad y de la gran ambición política por la permanencia de su forma municipal, por la situación cosmopolita de su Papa y por la intervención militar de las naciones vecinas, dejándose llevar totalmente por la pendiente de su magnífico y armonioso genio hacia el cultivo de la voluptuosidad y de la belleza. Ya, en fin, han impreso su sello las condiciones sociales, como hace diez y ocho siglos mediante el cristianismo, y veinticinco siglos mediante el budhismo, cuando, así en torno del Mediterráneo como en el Indostán, las consecuencias extremas de la conquista y de la organización aria trajeron la opresión intolerable, el anonadamiento del individuo, la desesperación completa, la maldición lanzada sobre el mundo, con el desarrollo de la metafísica y de la meditación soñadora, y cuando el hombre, en su calabozo de miserias, concibió la abnegación, la caridad, el amor tierno, la dulzura, la humildad, la fraternidad humana, allí ante la idea de la nada universal, aquí bajo la paternidad de Dios.

Obsérvense los instintos reguladores y las facultades implantadas en una raza, obsérvense el sentido en que hoy piensa y obra, y se verá las más de las veces

cómo es la resultante de alguna de esas situaciones prolongadas, de esas circunstancias envolventes, de esas persistentes y gigantescas presiones sufridas por una masa de hombres que, uno á uno, y todos juntos, no han cesado de plegarse y amoldarse á sus exigencias de generación en generación: en España, una cruzada de ocho siglos contra los musulmanes, prolongada aún más allá y hasta el agotamiento de la nación por la expulsión de los moros, el despojo de los judíos, el establecimiento de la Inquisición y las guerras católicas; en Inglaterra, una constitución política de ocho siglos que permite al hombre mantenerse erguido y respetuoso, independiente y obediente, y le acostumbra á luchar en masa bajo la autoridad de la ley; en Francia, una organización latina que, impuesta en un principio á bárbaros dóciles, y deshecha luego en medio de la demolición universal, se rehace de suyo bajo la conspiración latente del instinto nacional, se desarrolla bajo reyes hereditarios, y acaba en una especie de república igualitaria, centralizada, administrativa, bajo dinastías expuestas á revoluciones. Esas son las más eficaces entre las causas observables que modelan al hombre primitivo; son para las naciones lo que la educación, la profesión, la condición y la residencia para los individuos; y parecen abrazarlo todo, puesto que abrazan todas las potencias externas que labran la materia humana, y por cuya virtud el exterior obra sobre el interior.

Hay, sin embargo, un tercer orden de causas, porque, juntamente con las fuerzas del interior y del exterior, existe la obra que han realizado ya; y esa obra contribuye á su vez á producir la que sigue: además del impulso permanente y del medio dado, existe la velocidad adquirida. Cuando actúan el carácter na-

cional y las circunstancias ambientes, no actúan sobre una tabla rasa, sino sobre una tabla donde se han marcado ya impresiones. Según se toma la tabla en un momento ó en otro, la impresión es diferente; y eso basta para que el efecto total sea diferente. Notad, por ejemplo, dos momentos de una literatura ó de un arte: la tragedia francesa, bajo Corneille y bajo Voltaire; el teatro griego, bajo Esquilo y bajo Eurípides; la poesía latina, bajo Lucrecio y bajo Claudiano; la pintura italiana, bajo Vinci y bajo Guido. Claro es que la concepción general no varía de uno á otro de esos puntos extremos: siempre es el mismo el tipo humano que se trata de representar ó de pintar; el molde del verso, la estructura del drama, la especie de los cuerpos han persistido. Pero entre otras diferencias, hay ésta: que uno de los artistas es el precursor, y el otro el sucesor; que el primero no tiene modelo, y el segundo tiene un modelo; que el primero ve las cosas frente á frente, y el segundo ve las cosas por el intermedio del primero; que se han perfeccionado varias grandes partes del arte; que han disminuido la sencillez y la magnitud de la impresión; que han aumentado el atractivo y el refinamiento de la forma; en resumen, que la primera obra ha determinado la segunda. Pasa aquí con un pueblo lo que con una planta: la misma savia, bajo la misma temperatura y sobre el mismo suelo, produce, en los diversos grados de su elaboración sucesiva, formaciones diferentes, botones, flores, frutos, semillas; y de tal modo que cada una tiene siempre por condición la anterior, y nace de su muerte. Si miráis ahora, no ya un corto momento, sino uno de esos vastos desarrollos que abrazan uno ó varios siglos, como la Edad Media, ó nuestra última época clásica, la con-

elusión será la misma. En cada uno de esos períodos reina cierta concepción dominante; los hombres, durante doscientos ó quinientos años, se representan cierto modelo ideal del hombre: en la Edad Media, el caballero y el monje; en nuestra edad clásica, el hombre de corte y el purista. Esa idea creadora y universal se manifiesta en todo el campo del pensamiento y de la acción, y después de llenar el mundo con sus obras involuntariamente sistemáticas, palidece y muere, surgiendo después una nueva idea, destinada á la misma dominación y á la misma multiplicidad de creaciones. Poned aquí que la segunda depende en parte de la primera, y que la primera, combinando su influjo con el del genio nacional y de las circunstancias, es la que va á imponer á las cosas nacientes su sesgo y dirección. Según esta ley, se forman las grandes corrientes históricas, ó sean, los largos reinados de una forma de espíritu ó de una idea matriz, como ese período de creaciones espontáneas, que se llama el Renacimiento, ó ese período de clasificaciones oratorias que se llama la Edad clásica, ó esa serie de síntesis místicas, que se llama la época alejandrina y cristiana, ó esa serie de florecimientos mitológicos que se encuentra en los orígenes de Germania, de India y de Grecia. No hay aquí, como dondequiera, más que un problema de mecánica: el efecto resultante es un compuesto determinado totalmente por la magnitud y dirección de las fuerzas que le producen. La única diferencia que separa estos problemas morales de los problemas físicos, es que las direcciones y las magnitudes no se dejan valuar ni precisar en los primeros como en los segundos. Si una aspiración, si una facultad es una cantidad susceptible de grados como una presión ó un peso, esa cantidad no es medible como

la de una presión ó un peso. No podemos fijarla en una fórmula exacta ó aproximada; no podemos tener ni dar acerca de ella más que una impresión literaria; nos vemos reducidos á notar y citar los hechos salientes en que se manifiesta, y que indican sobre poco más ó menos, *grosso modo*, hacia qué altura de la escala hay que colocarla. Pero aunque los medios de notación no son los mismos en las ciencias morales que en las físicas, sin embargo, como la materia es la misma y se compone igualmente de fuerzas, de direcciones y de magnitudes, puede decirse que, en unas como en otras, el resultado final se produce según la misma regla. Es grande ó pequeño, según que las fuerzas fundamentales son grandes ó pequeñas, y actúan más ó menos exactamente en el mismo sentido, según que los efectos distintos de la raza, del medio y del momento se combinan para sumarse unos con otros, ó para anularse unos á otros. Así se explican las largas incapacidades y los brillantes triunfos que se registran irregularmente y sin razón ostensible en la vida de un pueblo: tienen por causas concordancias ó contrariedades interiores. Hubo una de esas concordancias cuando, en el siglo XVII, se aunaron el carácter sociable y el genio de la conversación innatos en Francia con los hábitos de salón y la boga del análisis oratorio, ó cuando, en el siglo XIX, el flexible y profundo genio de Alemania vió lucir la edad de las síntesis filosóficas y de la crítica cosmopolita. Hubo una de esas contrariedades cuando, en el siglo XVII, el rudo y solitario genio inglés intentó asimilarse la urbanidad nueva, ó cuando, en el siglo XVI, el lúcido y prosaico espíritu francés procuró inútilmente engendrar una poesía viva. Esa concordancia secreta de las fuerzas creadoras es la que produjo la acabada cor-

tesanía y la literatura majestuosa y regular bajo Luis XIV y Bossuet, la metafísica grandiosa y la amplia simpatía crítica bajo Hegel y Goethe. Esa contrariedad secreta de las fuerzas creadoras es la que produjo la literatura incompleta, la comedia escandalosa, el teatro abortado bajo Dryden y Wycherley, las malas importaciones griegas, los tanteos, las bellezas menudas y parciales, bajo Ronsard y la Pléyade. Podemos afirmar con certidumbre que las creaciones desconocidas á que nos arrastra la corriente de los siglos serán suscitadas y determinadas completamente por las tres fuerzas primordiales, que si pudiesen medirse y cifrarse esas fuerzas, cabría deducir como de una fórmula las propiedades de la civilización futura; y que si, á pesar de lo grosero de nuestras notaciones, y lo inexacto de nuestras medidas, queremos hoy formarnos alguna idea de nuestros destinos generales, sobre el examen de esas fuerzas tenemos que fundar nuestras previsiones. Porque, al enumerarlas, recorreremos el círculo completo de las potencias activas; y cuando hemos considerado la raza, el medio y el momento, es decir, el resorte interior, la presión exterior y el impulso ya adquirido, hemos agotado, no sólo todas las causas reales, sino todas las causas posibles del movimiento.

* Esos creta pero la raza no varía jamas, con
 el medio y el momento
 en deforidamiento en la sucesion
 de los tiempos